



**De la vida mala y de los años de frenesí: expresiones de la cultura política en Urrao y
Concordia durante la Violencia (1946-1953)**

Liseth Daniela Pérez Escandón

Artículo de investigación presentado para optar al título de Historiadora

Asesor

Rodrigo de Jesús García Estrada Doctor (PhD) en Historia

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Historia
Medellín, Antioquia, Colombia
2022

Cita numérica	¹
Cita nota al pie	¹ Liseth Daniela Pérez Escandón, “De la vida mala y de los años de frenesí: expresiones de la cultura política en Urrao y Concordia durante la Violencia (1946-1953)” (Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2022).
Fuentes primarias / Bibliografía	Pérez Escandón Liseth Daniela. “De la vida mala y de los años de frenesí: expresiones de la cultura política en Urrao y Concordia durante la Violencia (1946-1953)”. Trabajo de grado profesional, Universidad de Antioquia, 2022.

Estilo: Chicago 17 (2017) y adaptación de Trashumante. Revista Americana de Historia Social UdeA.



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decana/Directora: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Rodrigo de Jesús García Estrada.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Agradecimientos

A Dios, por siempre brindarme la fortaleza mental para seguir adelante. A todos los que de alguna u otra forma no dejaron que desistiera en este camino. A mi asesor, Rodrigo de Jesús García Estrada, por ser una fuente de inspiración en el camino que deseo seguir como historiadora.

Tabla de contenido

Resumen	5
Abstract	6
Introducción: los elementos culturales presentes en los estudios sobre la Violencia	7
1 Cultura política, violencia política e identidad colectiva	13
1.1 Cultura política: la puesta en marcha de las prácticas simbólicas y las significaciones	13
1.2 Violencia y violencia política: eliminar al opositor y defender un modelo de Estado tradicional	16
1.3 Identidad colectiva: un producto de la cultura política expresada en la territorialidad.....	19
2 Experiencias de “la vida mala”: elementos característicos de la cultura política en Urrao	21
2.1 Los orígenes de la Violencia en Urrao: una cultura política de conflicto que desplazó a la cultura política de convivencia.....	22
2.2 La religión católica y la cultura política en Urrao.....	23
2.3 Coplas, himnos, y supersticiones: el reflejo de la cultura política urraeña	25
3 Los años de frenesí y de guerra: la cultura política en Concordia	28
3.1 Los orígenes de la Violencia en Concordia: la exclusión del <i>otro</i> de la vida política y cotidiana	28
3.2 De la exclusión del <i>otro</i> a la reconciliación: la restauración de la cultura política de convivencia en Concordia	30
4 A modo de reflexión final: ¿Es la violencia parte constitutiva de la cultura política antioqueña?	32
Bibliografía.....	36

Resumen

Tan polémico como complejo, el concepto de cultura política no había sido considerado en la historiografía sobre la Violencia y solo hasta hace aproximadamente 30 años empezó a estudiarse seriamente por parte de antropólogos y sociólogos. Sin embargo, lo anterior no es una garantía de unificación frente a las innumerables significaciones que comporta tal concepto, ni mucho menos indica que haya un consenso acerca del papel de la cultura en la violencia endémica que vive el país hace más de medio siglo o si existe una *cultura de la violencia*. Partiendo de esta premisa, el presente artículo se propone esbozar algunos de los elementos característicos que conformaron una cultura política en Urrao y Concordia durante la Violencia. Al respecto, destaca la amplia influencia de los partidos Liberal y Conservador en una conformación de esta cultura política, una acentuación de las diferencias ideológicas, la vía guerrerista para dirimir los conflictos y una identificación colectiva bajo el modelo de la Iglesia católica, además de un énfasis en la “otredad”. Como conclusión es posible afirmar, en primer lugar, que las dimensiones *subjetivas* de la Violencia desempeñaron un papel esencial en el desarrollo y configuración de esta. En segundo lugar, se puede concluir que, al parecer, la cultura política en estos dos municipios se han fundamentado con base en el desprecio al enemigo, a saber, a partir de un odio y minimización hacia aquel que pertenece al partido contrario o no encaja en el *ethos* cultural dominante.

Palabras clave: cultura política, Violencia de medio siglo, Concordia, Urrao.

Abstract

As controversial as it is complex, the concept of political culture had not been considered in the historiography on Violence and it was only until approximately 30 years ago that it began to be seriously studied by anthropologists and sociologists. However, the foregoing is not a guarantee of unification in the face of the innumerable meanings that such a concept entails, much less does it indicate that there is a consensus about the role of culture in the endemic violence that the country has been experiencing for more than half a century or if there is a culture of violence. Starting from this premise, this article aims to outline some of the characteristic elements that made up a political culture in Urrao and Concordia during the Violencia. In this regard, the broad influence of the Liberal and Conservative parties stands out in the formation of this political culture, an accentuation of ideological differences, the warmongering way to resolve conflicts and a collective identification under the model of the Catholic Church, in addition to a Emphasis on “otherness”. As a conclusion, it is possible to affirm, in the first place, that the subjective dimensions of Violence played an essential role in its development and configuration. Secondly, it can be concluded that, apparently, the political culture in these two municipalities has been based on contempt for the enemy, namely, based on hatred and minimization of those who belong to the opposite party or do not fit in. in the dominant cultural *ethos*.

Keywords: political culture, Violencia de medio siglo, Concordia, Urrao.

Introducción: los elementos culturales presentes en los estudios sobre la Violencia

*“Quiero que el pueblo se entere
Y a todo mundo en secreto
Que los pueblos antioqueños
Quedaron en esqueleto”.*

Coplas de Lino Porras sobre la Violencia en Urrao¹

Baste afirmar que no existe un concepto unívoco de cultura de la violencia para introducir este apartado del presente artículo. Lo anterior quiere decir, en primera instancia, que no hay una única tendencia ni mucho menos una perspectiva cultural de la Violencia que dé cuenta de manera definitiva acerca de aquellos aspectos que permitan categorizar comportamientos, motivaciones, acciones, representaciones simbólicas o construcción de identidades de los diversos actores sociales que tuvieron ocasión de participar en este período de la historia nacional. Esto, a su vez, puede obedecer a una complejización extrema que ha padecido el propio concepto de cultura en las corrientes historiográficas de las últimas décadas.

Por lo demás, es de observar que, de acuerdo con variados estudios analizados, el aspecto cultural de la Violencia no ha sido particularmente un gran foco de interés de violentólogos o historiógrafos de este período, o por lo menos no en los inicios de dicha historiografía. Aunque en años recientes el estudio de tal aspecto ha ganado adeptos, lo cierto es que aún queda un largo camino por recorrer en este terreno teórico en ocasiones pantanoso. Así, destacan algunos estudios que resaltan esta perspectiva desde visiones más amplias o como recurso para explicar determinadas circunstancias del conflicto armado colombiano.

Es el caso del informe elaborado por Sergio de Zubiría Samper, profesor asociado de la Universidad de los Andes, para el Centro Nacional de Memoria Histórica titulado *Dimensiones políticas y culturales en el conflicto colombiano*.² En él, de Zubiría, junto con los auxiliares de

¹ Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia: Universidad del Quindío, 2004) 164.

² Sergio de Zubiría Samper, “Dimensiones políticas y culturales en el conflicto colombiano” (Informe para el Centro Nacional de Memoria Histórica).

investigación, proponen un recorrido de largo aliento a través de las diferentes etapas del conflicto colombiano, partiendo desde la llamada Violencia de medio siglo y antes (desde el final de la hegemonía conservadora hasta el Frente Nacional), pasando por el recrudecimiento de los hechos violentos durante la década de los 80, hasta el momento coyuntural de la firma de los acuerdos de paz en la Habana.

Aunque de manera sucinta, el investigador otorga a la dimensión cultural un importante peso en la determinación y dirección de la Violencia, no solo la acaecida en los años 50, sino, en general, de la violencia que ha caracterizado distintos períodos de la historia colombiana incluso desde el siglo XX. Así, existe una postura en la que se afirma que la violencia ha sido una característica única y diferenciadora de la sociedad colombiana frente a otros países latinoamericanos. En contraposición, existe el planteamiento de que la Violencia en Colombia puede inscribirse dentro de otros procesos similares acontecidos en América Latina en épocas parecidas.³

Para otros autores, la violencia ha sido el mecanismo sobre el cual la sociedad colombiana se ha erigido y el elemento que ha contribuido en gran medida a construir y consolidar la identidad regional, al mismo tiempo que ha servido como recurso para la consecución de objetivos personales o de grupo. Este supuesto ha dado lugar al concepto de *cultura de la violencia*, noción que por sí misma resulta altamente intrincada y susceptible de múltiples debates entre académicos e investigadores, pues implica entender a la violencia como algo genético y estructural de los colombianos, y no como un aspecto circunstancial.⁴

De otra parte, el texto de Fabio López de la Roche denominado *Condicionamientos culturales de la violencia en Colombia*,⁵ es quizá uno de los artículos que plantea el elemento cultural como principal objeto de estudio, aunque no se centra propiamente en el período histórico

³ Catherine LeGrand, “La política y la violencia en Colombia (1946-1965): interpretaciones en la década de los 80”, *Revista Memoria y sociedad* 2.4 (1997).

⁴ Para saber más sobre el debate suscitado por el concepto de *cultura de la violencia*, véanse las obras de María Teresa Uribe sobre la violencia en Antioquia, los estudios de Mary Roldán y las apreciaciones de Carlos Miguel Ortiz Sarmiento.

⁵ Fabio López de la Roche, “Condicionamientos culturales de la Violencia en Colombia”, *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales* núm. 14 (1997).

conocido como la Violencia. Para López, el proceso de aparición y fortalecimiento de fenómenos violentos en Colombia en el siglo XX posee una especificidad respecto al contexto latinoamericano. De igual modo, pretende describir algunos de los cambios más importantes en materia económica y social a partir de la década de los 80, época en la que la violencia fue exacerbada debido a la aparición de nuevos actores y la implicación de fenómenos como el narcotráfico y el paramilitarismo.

Sin embargo, es de anotar que, antes de identificar y describir los condicionamientos culturales de la violencia en el país, López profundiza en las razones por las cuales la violencia ha constituido y erigido las bases de la sociedad colombiana, y, al mismo tiempo, busca hallar una explicación a la violencia e intolerancia que hace parte de la vida cotidiana del ciudadano de a pie y que es tan visible en conductas comunes como las riñas de cantinas, las discusiones acaloradas en filas para eventos, o en las reacciones violentas de los ciudadanos cuando pretenden linchar a la delincuencia común.

De igual manera, el autor fija su interés en las cuestiones políticas de la violencia generalizada en el país, y atribuye las causas de esta al mal funcionamiento o nulo proceder de las instituciones colombianas. Al respecto, la investigadora Clara Inés García, en una investigación sobre los estudios de la violencia en Antioquia, afirma que, en efecto, la tendencia es que el ciudadano del común no crea en las instituciones estatales a raíz del continuado abandono al que han sido sometidas históricamente ciertas localidades o regiones. Asimismo, este supuesto coincide con lo descrito sobre María Teresa Uribe en el mismo capítulo, en el que se afirma que las zonas históricamente abandonadas son las que se han visto mayormente afectadas por la violencia.⁶

De esta forma, es posible afirmar que para la mayoría de los casos, la perspectiva cultural, antes que ser objeto de interés central en las investigaciones sobre la Violencia, ha sido incluida en estos estudios como parte de una explicación estandarizada o como elemento contenido dentro de un panorama más amplio y así mismo generalizado sobre este período. No obstante, dentro de esta

⁶ Clara Inés García, “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”, *Balance sobre los estudios sobre violencia en Antioquia*, ed. Pablo Emilio Angarita Cañas (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001).

línea temática resalta Mary Roldán como una de las pioneras en Antioquia en dar apertura a este tipo de perspectiva. De acuerdo con la investigadora Clara Inés García, Roldán fue una de las primeras en explorar la dimensión cultural con el fin de no recaer en las ya agotadas explicaciones clásicas.⁷ Así, en su obra más reconocida *A sangre y fuego: la violencia en Antioquia Colombia 1946-1953*, Roldán se centra en el análisis de creencias, expectativas y patrones de conducta de los grupos sociales y políticos. En la misma línea temática sobre el elemento cultural en los estudios sobre la Violencia en Antioquia, García enfatiza en tres tendencias mostradas por las investigaciones analizadas y que abordan desde lo cultural la pregunta por el conflicto y la región.

Desde una vertiente (Uribe, 1992), el factor cultural se aborda como parte de una cadena causal. Los comportamientos de los individuos y de las colectividades de hoy se piensan como condicionados por los referentes e imaginarios producto de las relaciones de violencia y exclusión que se repiten a través de los siglos y de las distintas formas sociales sobre el mismo territorio. En palabras de la autora: “los ejes de pervivencia histórica (la resistencia, la ilegalidad, la disputa, la exclusión) explican el carácter de territorio en construcción” (esto es, de espacialidad social sin organicidad interna y con una débil articulación con los departamentos vecinos y con la nación). Estos “ejes de pervivencia histórica” producen marcas en la urdimbre cultural, en las mentalidades, en los referentes simbólicos, en las formas de relacionarse con las instituciones y de autoidentificarse, e impiden con ellos desarrollar procesos de integración social.⁸

Entretanto, una segunda tendencia habla del factor cultural como una parte característica del comportamiento constitutivo de la identidad o de la propia cultura regional. A este respecto, comportamientos específicos como la resistencia y la confrontación son entendidos como conductas distintivas del Magdalena medio, o bien, el aspecto cultural también puede ser definido como un indicador de vacío de la cultura política y de la consecuente configuración de una región como “región de cultura militarista” donde la producción de un sentido de un “nosotros” se hace por la vía de la resistencia, la confrontación y la violencia definidas por el papel coercitivo y excluyente desempeñado por el Estado a lo largo del tiempo, o donde la violencia aparece como mecanismo y medio de articulación social.⁹

⁷ Clara Inés García, “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”, *Balance sobre los estudios sobre violencia en Antioquia*, ed. Pablo Emilio Angarita Cañas (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001) p. 118.

⁸ Clara Inés García, “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”, *Balance sobre los estudios sobre violencia en Antioquia*, ed. Pablo Emilio Angarita Cañas (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001): p. 118.

⁹ Clara Inés García, “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”, *Balance sobre los estudios sobre violencia en Antioquia*, ed. Pablo Emilio Angarita Cañas (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001): p. 119.

Por último, García presenta una tercera vertiente identificada en los estudios sobre la Violencia en Antioquia referida al elemento cultural que muestra dos formas distintas de abordar dicho aspecto. En primera instancia, una que se pregunta por la forma en que los diferentes actores enfrentados en un mismo territorio dotan de simbolismo y representaciones simbólicas el espacio geográfico, o en otras palabras, se pregunta por la manera en la que un mismo territorio se simboliza con base en proyectos colectivos contrapuestos. Por otra parte, una segunda forma de abordaje en esta tendencia tiene que ver con la construcción de identidades colectivas directamente relacionadas con procesos sociales y políticos referidos al territorio. Empero, pese a que ha habido algunos avances en el terreno de lo cultural, sobre todo en el departamento de Antioquia, la investigadora termina el tratamiento de este tema cuando afirma lo siguiente:

Sin embargo, y en conjunto, esta investigación carece de un desarrollo conceptual sistemático sobre la cultura y la identidad referidas a colectivos socioespaciales y a actores sociales: también carece de una investigación empírica que aborde directamente el estudio de los comportamientos, las mentalidades, y los referentes simbólicos que pretende calificar como asociados a la producción de comportamiento violento, o de identidad o cultura violenta. De otra parte, con esta perspectiva, la investigación se sitúa en la corriente general en el país que considera indispensable introducir la dimensión de la cultura en el análisis de la violencia. En el caso de la investigación regional, ello es igualmente pertinente, en tanto preguntarse por lo regional es, al mismo tiempo, interrogarse por los factores subjetivos que determinan este tipo de realidad socioespacial.¹⁰

Para finalizar, resulta conveniente cerrar este apartado con algunas de las conclusiones esbozadas por Carlos Miguel Ortiz respecto a las falencias o vacíos generalizados que presentan gran parte de los estudios pertenecientes a la historiografía de la Violencia.

A mi juicio, este es uno de los espacios cuya discusión apremia y que deberemos desarrollar en los años venideros si queremos entender la Violencia. Incuestionablemente nos exigimos traspasar la órbita del Estado y adentrarnos en la sociedad: virar de lo político al territorio de las palabras, las creencias, las significaciones: de la estadística a los lenguajes alfabéticos y corporales. [Esto] nos exigirá desarrollar conocimientos hasta ahora vírgenes en nuestro medio. Por lo menos tendremos que construir una lógica, una sociolingüística, una genética, una psicología social de las representaciones.¹¹

¹⁰ Clara Inés García, “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”, *Balance sobre los estudios sobre violencia en Antioquia*, ed. Pablo Emilio Angarita Cañas (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001): p. 26.

¹¹ Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, “Los estudios sobre la Violencia en las tres últimas décadas”, *Boletín socioeconómico* núm. 24-25. (1992): p. 67.

Ciertamente, las palabras de este investigador alientan a dar cabida a nuevas tendencias o líneas temáticas que aborden desde perspectivas renovadas elementos clave de la Violencia no tratados con anterioridad. Como se mencionó al principio de este acápite, pese a que la Violencia ha sido un período histórico ampliamente estudiado, discutido y revisado, la realidad es que existen ciertas temáticas que hoy en día permanecen inexploradas. Siempre habrá una nueva mirada al problema de estudio en tanto la visión del historiador, su contexto y las necesidades de su época cambian constantemente.

Continúa Ortiz Sarmiento: “Terrenos como el cultural, el de las creencias y representaciones en cuanto se entrelazan con las violencias, el de la experiencia social de no-violencia, el de la violencia desde la percepción, no desde quienes la protagonizan sino desde quienes la padecen, continúan prácticamente vírgenes desde el punto de vista de las ciencias sociales”.¹² Y concluye el autor: “[...] y estamos en pleno terreno de lo cultural y las significaciones, en donde me parece que se gestarán en el futuro los aportes más definitivos para la comprensión de las violencias”.¹³

¹² Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, “Los estudios sobre la Violencia en las tres últimas décadas”, *Boletín socioeconómico* núm. 24-25. (1992): p. 73.

¹³ Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, “Los estudios sobre la Violencia en las tres últimas décadas”, *Boletín socioeconómico* núm. 24-25. (1992): p. 68.

1 Cultura política, violencia política e identidad colectiva

Como muchos conceptos y nociones en las ciencias sociales y humanas, los de *cultura política*, *violencia política* e *identidad colectiva* no están exentos de contener variados significados y múltiples usos según sea su enfoque o el objeto de estudio de cada disciplina. Así, para la antropología y para la ciencia política el concepto de cultura política posee distintas acepciones, y el término identidad colectiva puede tener un uso distinto en la Historia y en la Sociología. A lo anterior se debe añadir el carácter inestable de cada concepto según la escuela de pensamiento o la perspectiva teórica que los acoja y el momento histórico en el que se definan, razón por la cual se deben tener presentes estas condiciones al iniciar una nueva investigación.

En el caso del que se ocupa este artículo, tanto la cultura política como la violencia política y la identidad colectiva pueden tomar diferentes acepciones según sea la pregunta que se pretenda resolver y el enfoque que se adopte, no obstante, valga decir que estos tres conceptos comparten algunos elementos que los definen y los transforman; a saber, los actores políticos, las prácticas simbólicas, la territorialidad, el conflicto, y en el caso de la periodicidad estudiada, el partidismo. Por otro lado, cabe anotar que, de acuerdo con distintos estudios analizados, parece ser que tanto la identidad colectiva como la violencia política están implicadas en la conformación de una cultura política en el Suroeste antioqueño y a nivel general en el departamento. A continuación, se describen algunas de las nociones más relevantes que sobre estos conceptos se han esbozado a lo largo del tiempo y que sirven como eje orientador para el presente trabajo.

1.1 Cultura política: la puesta en marcha de las prácticas simbólicas y las significaciones

Para empezar, es necesario destacar que el concepto de cultura política es propio de la ciencia política aunque no siempre fue importante ni se tuvo en cuenta a la hora de determinar ciertos aspectos o procesos de la vida política de las sociedades. No fue sino hasta el inicio de la década de los 60 cuando diferentes politólogos se empezaron a preocupar por la influencia del aspecto cultural en la vida política de las sociedades y la transformación de esta a partir de la interacción entre variados actores. De acuerdo con diferentes autores, el concepto de cultura

política apareció por primera vez en un artículo publicado por Gabriel A. Almond y Sidney Verba denominado *The civic culture*.¹⁴ Por lo demás, tal concepto se asoció en un principio a los términos de democracia y ciudadanía y se utilizaba para explicar estos, pero no se estudiaba a profundidad ni era el tema central de las obras y estudios referidos a dicho tópico.

Como señaló la doctora en ciencia política Araceli Mateos, existen por lo menos cinco perspectivas teóricas o enfoques desde las que se suele abordar el concepto de cultura política: la estructuralista, la culturalista, la funcionalista, la perspectiva marxista y la perspectiva sistémica. Así, una primera definición dada por Almond y Verba indica que la cultura política está conformada por elementos subjetivos y, a su vez, es un producto de la socialización política que incluye componentes afectivos, cognitivos y evaluativos.¹⁵ Por su parte, Keith Baker habló de una cultura política entendida como un conjunto de prácticas simbólicas formadoras de identidad colectiva.¹⁶ Aquí resulta importante resaltar una primera relación entre identidad colectiva y cultura política observada en las definiciones sobre este último concepto en varias obras e investigaciones. Por lo demás, Eckstein enfatizó en la noción de cultura definida desde la perspectiva culturalista en la que expresó:

La perspectiva culturalista ha establecido cuatro elementos caracterizadores de una cultura. En primer lugar, la cultura está relacionada con la sociedad, constituye una determinada manera de pensar y actuar. En segundo lugar, considera que la cultura es vida social en una serie de aspectos: creencias, conocimiento, moral, leyes, costumbres y hábitos de una sociedad. En tercer lugar, la cultura es lo que diferencia a una sociedad de otra. Por último, la cultura es diferenciadora, es una variable que une un conjunto de maneras de pensar a través de las cuales normalmente se regula el comportamiento social.¹⁷

De otro lado, el experto en cultura política del siglo XIX y XX, Ronald Formisano, apuntó a los hasta hace un tiempo desconocidos conjuntos de valores, convenciones, tradiciones, creencias

¹⁴ Araceli Mateos, Cultura política, repositorio digital Universidad de Salamanca, sin fecha. Miguel Ángel Cabrera, “La investigación histórica y el concepto de cultura política”, *Culturas políticas: teorías e historias*, eds. Manuel Pérez y María Sierra (Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2010).

¹⁵ Araceli Mateos, “Cultura política”, repositorio digital Universidad de Salamanca, sin fecha.

¹⁶ “Cultura política es, en este sentido, el conjunto de discursos o prácticas simbólicas con el que se hacen los reclamos. Ellos comprenden la definición de posiciones relativas desde los individuos o grupos pueden hacer o no legítimamente sus reclamos a otros y por tanto la definición de la identidad y las fronteras de la comunidad a la que pertenecen”. Citado en David Mauricio Figueroa, “A la sombra del monstruo: cultura política, ideología y literatura testimonial en Colombia y Antioquia, 1930-1953” (tesis de maestría, Universidad de los Andes, 2007) 158.

¹⁷ Araceli Mateos, Cultura política, repositorio digital Universidad de Salamanca, sin fecha, p. 5.

y hábitos de pensamiento propios de los actores políticos y que son esenciales para materializar la cultura política. Margaret Somers, reconocida socióloga y profesora de la Universidad de Michigan, sigue la misma línea de Baker y Formisano al hablar de la cultura política como una serie de sistemas simbólicos que cuentan con sus propias significaciones y lógicas, las que, a su vez, se definen como expresiones culturales que hacen parte de las modalidades políticas y de poder.¹⁸

De igual modo, Morán introdujo una nueva percepción sobre este concepto cuando señaló que la cultura política “supone, además, la propia definición de los individuos como actores políticos, la forma como la gente construye su visión de lo político y su posición dentro del mismo. La cultura política es, además, uno de los recursos que utilizan los actores para dar un significado a las situaciones políticas y establecer guías de actuación”.¹⁹ De esta forma, y según las interpretaciones que estos autores han dado a este primer concepto, es posible perfilar la cultura política como un conjunto de significaciones, tradiciones, modos de ver la realidad, representaciones y sobre todo, prácticas simbólicas ejercidas por los actores políticos con distintos fines, ya sea la conformación de una identidad colectiva, el entendimiento de una realidad social o como forma de resistir y hacer frente a dicha realidad.

Sin embargo, se debe hacer la salvedad de que la cultura política no es necesariamente un sinónimo de resistencia o exclusión, aunque sí posee elementos caracterizadores de un modo de vida colectivo. En otro orden de ideas, vale la pena exponer una definición de cultura política empleada por Klaus Eder en tanto esta puede ilustrar y explicar adecuadamente la formación de un tipo de cultura política en el departamento de Antioquia:

Si la cultura política incluye en su definición la característica de aquello que es compartido, esta puede llegar a ser también entendida como un factor de integración y de autoidentificación ya que permite la formación de una identidad colectiva. Sin embargo, algunos autores no comparten que la cultura política tenga esa función integradora, sino más bien consideran que puede ser tanto un instrumento integrador como desintegrador, ya que al orientar las acciones de los individuos, puede generar a la vez conflicto o cooperación. La cultura, puesto que proporciona un significado a las

¹⁸ David Mauricio Figueroa, “A la sombra del monstruo: cultura política, ideología y literatura testimonial en Colombia y Antioquia, 1930-1953” (tesis de maestría, Universidad de los Andes, 2007) 158.

¹⁹ Araceli Mateos, Cultura política, repositorio digital Universidad de Salamanca, sin fecha.

acciones de los individuos, es capaz de producir conflictos y es socialmente desintegradora.²⁰

Como se puede observar, el término identidad colectiva aparece una vez más como fruto necesario de la conformación de una cultura política particular. Y más importante, habla de la capacidad de esta para generar conflictos o para ser un factor de cooperación entre los miembros de una sociedad. Es de destacar además que la postura del historiador David Mauricio Figueroa sigue esta línea de pensamiento y explica muy bien el supuesto de que la cultura del conflicto desplazó a la cultura de convivencia como forma de cultura política en Antioquia luego de la llegada al poder de los conservadores tras 16 años de gobierno liberal: la cultura política juega aquí un papel preponderante como desintegradora. Además, Eder atribuyó a la cultura política la formación de una identidad colectiva, algo que comparte con otros autores y que da cuenta del estrecho vínculo entre identidad colectiva y cultura política. Asimismo, es posible evidenciar implícitamente la postura sostenida por Klaus Eder en las obras de María Teresa Uribe y Mary Roldán.

1.2 Violencia y violencia política: eliminar al opositor y defender un modelo de Estado tradicional

Para iniciar con la descripción de este apartado, resulta importante mencionar la reflexión del historiador de la violencia en occidente, Jean Claude Chesnais, sobre este concepto. Según el científico social francés, “[...] la característica principal de la violencia es la gravedad del riesgo que ella hace correr a la víctima; es la vida, la salud, la integridad corporal o la libertad individual la que está en juego. El autor considera que hay abuso del lenguaje al hablar de violencia contra los bienes. Para concluir, entonces, que la violencia trasciende las formas de la vida política, y hunde sus raíces más profundamente en la cultura”.²¹

Esta primera reflexión de Chesnais permite por lo menos deducir tres aspectos clave del concepto de violencia. En primer lugar, que al igual que la noción de cultura política, la de violencia

²⁰ Araceli Mateos, Cultura política, repositorio digital Universidad de Salamanca, sin fecha, p. 3.

²¹ Elsa Blair, “Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”, *Política y cultura* 32 (2009): p. 14.

termina siendo tautológica y en este sentido, lo define todo pero no abarca nada; en segunda instancia, y de acuerdo con el pensamiento de este autor, la violencia va más allá de un trasfondo político para profundizar en lo cultural, lo que podría indicar a primera vista que la violencia es un componente clave y característico de la cultura de ciertas sociedades, algo que de entrada suscita el debate entre los científicos sociales de variadas disciplinas. Por último, la violencia posee como rasgo distintivo el terror infligido a las víctimas de esta y que le posibilita al enemigo cumplir sus objetivos. Otra afirmación que puede abstraerse de esta primera reflexión tiene que ver con la visibilidad de la relación entre violencia y cultura política. Pese a que esta investigación no tiene por objetivo inscribirse en la línea de pensamiento que afirma que existe una *cultura de la violencia* nacional, sí pretende establecer y determinar la influencia de la violencia y la violencia política como mecanismo conformador de la cultura política.

Para Carlos Miguel Ortiz, de otra parte, la violencia es un mecanismo de solución de conflictos en la que se busca eliminar al otro, ya sea en el campo político, social o en la interacción cotidiana.²² Esto permite traer a colación otros conceptos o actores como “el otro”, “la otredad”, un “nosotros” y, en definitiva, “al enemigo”, y en la misma perspectiva, la violencia también puede ser definida como la forma extrema en la que se soluciona un conflicto y que implica el uso de mecanismo de coacción como la muerte o la afectación a los bienes y a la propia integridad física.²³

A propósito, tal idea posibilita hablar nuevamente de la relación entre la violencia y los actores políticos y sociales, pues ciertamente la violencia ejercida por determinados actores da lugar a la consolidación de formas de resistencia y de entendimiento de la realidad, algo que, en suma, contribuye y hace parte de la cultura política. No obstante, en este punto es necesario aclarar que no toda forma de intimidación es violencia, pues para Chesnais, tal noción ha adquirido un significado extensivo que con el tiempo se ha vuelto abusivo, por lo que para este autor francés la

²² Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, “Historiografía de la Violencia”, *La Historia al final del milenio, ensayos sobre historiografía colombiana y latinoamericana*, volumen 1, comp. Bernardo Tovar (Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1994).

²³ “La violencia es la forma extrema en que se dirime un conflicto entre actores, aquella en que estos acuden a mecanismo de coacción y fuerza como la lesión, la muerte o la afectación de los bienes o la integridad personal de individuos o grupos sociales con los cuales se interactúa. De ahí que su estudio deba estar asociado a procesos y contextos que dan origen a los actores sociales y a su interacción”. Ana María Jaramillo, “Acerca de los estudios sobre violencia política en Antioquia”, *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*, (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia) 2001, p. 83.

violencia física es la primera y verdadera forma de violencia. Aun así, ¿puede hablarse de la existencia de una violencia discursiva y simbólica como parte de una cultura política en el Suroeste antioqueño durante el período analizado?

Ahora bien, la violencia puede adquirir distintas formas y variadas maneras de ser ejercida por los actores de una realidad social según sea su propósito. La violencia política, en este caso, fue uno de los mecanismos ejecutados por una parte de esos actores con el fin de sostener o desplazar un modelo tradicional de Estado o sociedad.²⁴ De esta manera, puede afirmarse entonces que una primera definición de violencia política viene dada de acuerdo con su función, y se refiere a toda forma de violencia ejercida con el propósito de conservar, sostener, cambiar o modificar un modelo de Estado. En palabras de la investigadora Clara Inés García, “se ha optado por entender la violencia política como una modalidad o forma de ejercicio de la violencia emparentada con el ámbito de lo público, y ejercida por actores, ya sea individuales o colectivos, que han hecho manifiesto su propósito de sustitución o defensa de un determinado modelo de Estado o sociedad”.²⁵

Para el caso de la violencia de medio siglo, es innegable que el partidismo jugó un papel relevante en la ejecución de este tipo de violencia, si bien no fue el único factor determinante. Al respecto, María Teresa Uribe atribuyó a la estructura bipartidista nacional el carácter de ser un elemento cohesionador y articulador entre la región, las localidades y el ente nacional: pertenecer a uno u otro partido indicaba, al mismo tiempo, la pertenencia a una nación imaginada. El partidismo, la violencia política y la cultura política son entonces elementos primarios que cuando

²⁴ “La diversidad de actores y formas de violencia en Colombia, a partir de la década de 1980, ha hecho de la violencia política un concepto cada vez más difuso. A diferencia de lo que aconteció en los años cincuenta, su existencia no puede ser atribuida exclusivamente a motivaciones de índole partidista ni tampoco puede ser considerada como un rasgo distintivo de actores en confrontación con el Estado. En un intento de redefinición del concepto de violencia política, algunas organizaciones defensoras de los derechos humanos han optado por caracterizarla como una modalidad de violencia ejercida como un medio para conservar, modificar, substituir o destruir un modelo de Estado o sociedad, para reprimir o destruir un grupo humano dentro de esta”. Definición esbozada por Justicia y paz en 1998 y aparecida en la revista Noche y niebla. Ana María Jaramillo, “Acerca de los estudios sobre violencia política en Antioquia”, *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*, (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia) 2001, p. 90.

²⁵ Clara Inés García, “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”, *Balance sobre los estudios sobre violencia en Antioquia*, ed. Pablo Emilio Angarita Cañas (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2001): p. 108.

interactúan entre sí dan origen a una identidad colectiva particular. Por último, resulta necesario finalizar este acápite con la postura de Gonzalo Sánchez sobre la violencia política de medio siglo.

La violencia como término denotativo de la conmoción social y política que sacudió al país de 1945 a 1965, y que dejó una cifra de muertos cuyos cálculos oscilan entre los cien mil y los trescientos mil, plantea numerosos problemas y deja el campo abierto a las ambigüedades. En efecto, con el término violencia se pretende simplemente describir o sugerir la inusitada dosis de barbarie que asumió la contienda; otras veces se apunta al conjunto no coherente de procesos que la caracterizan: esa mezcla de anarquía, insurgencia campesina y terror oficial [...] y, finalmente, en la mayoría de los casos, el vocablo cumple una función ideológica particular, la de ocultar el contenido social o los efectos de clase de la crisis política. Esto para no hablar de los usos del término por parte de los habitantes comunes y corrientes que padecieron sus efectos.²⁶

Sin lugar a duda, una de las grandes falencias de la historiografía sobre la violencia ha sido precisamente el abandono consciente y progresivo de la profundización teórica sobre este fenómeno, pues durante los últimos años muy pocos investigadores se han preocupado por teorizar y comprender a cabalidad el concepto de violencia política, decantándose en cambio por la investigación empírica y la búsqueda de nuevas fuentes. En este sentido, es una tarea de los nuevos investigadores ampliar el camino y el aparataje teórico sobre este concepto.

1.3 Identidad colectiva: un producto de la cultura política expresada en la territorialidad

Como se indicó anteriormente, la identidad colectiva es otro de los elementos clave que conforman y hacen parte a la vez de la cultura política. Al respecto, cabe anotar que no es posible hablar de una perspectiva unívoca acerca de lo que se entiende por cultura colectiva y, de igual manera, resulta un ejercicio improcedente definir un concepto de identidad colectiva totalizante y abarcante.

Lo anterior, dicho sea de paso, arroja pistas sobre los factores que se ven inmiscuidos en la estructura y manifestación de esta cultura colectiva: lo regional y la territorialidad. Es así como la particularidad del territorio funciona como campo en el que se manifiestan todas aquellas formas que dan lugar a una cultura política determinada. A su vez, el territorio influye en el carácter de esta última y de todos los habitantes de una zona geográfica. El territorio es, de esta forma, un

²⁶ Gonzalo Sánchez.

componente vivo y dinámico que complementa la serie de elementos que establecen un vínculo entre violencia política, cultura política e identidad colectiva.²⁷

De acuerdo con lo anterior, María Teresa Uribe reflexionó lo siguiente acerca de la identidad y sus componentes asociados: “Los referentes concretos de identidad, convertidos por el proyecto político en sistemas simbólicos de representación (leyes, instituciones, normas), consolidaron procesos de cohesión social, integración cultural y política a través de la cual operaron con relativa eficiencia los mecanismos de control social y los recursos institucionalizados del poder público”.²⁸

Además, “el sistema de identidades que definió el perfil del *ethos* sociocultural antioqueño tuvo una dimensión esencialmente regional y una expresión territorial que no se enmarcaba en el ámbito del Estado y la nación: el único mecanismo articulador entre la región, las localidades y el ente nacional fueron los partidos tradicionales o mejor aún la estructura bipartidista. La única manera de sentirse nacional, de saber que se pertenecía a un ámbito sociopolítico y legal que trasciende el horizonte parroquial fue la pertenencia al partido”.²⁹

Parece ser que la formación de una cultura política antioqueña estuvo necesariamente ligada y relacionada con la pertenencia al partido o con la tradición partidista. Como indicó Uribe, la pertenencia al partido funcionaba como un eje articulador entre lo regional y lo local. El partidismo bien pudo ser el punto de partida de una cultura política aunque esta no se quedó allí y pronto trascendió este aspecto. Por otra parte, la territorialidad jugó un papel determinante en la manifestación de todas aquellas conductas, imaginarios y prácticas que dieron lugar a una cultura política propia de Antioquia diferenciada de la cultura política en otros lugares del país. Más importante aún es destacar que incluso dentro del departamento de Antioquia hubo distintos tipos de cultura política mediados en gran parte por las características del espacio sociodemográfico.

²⁷ Esta premisa es respaldada por variados autores que trabajan la violencia en Antioquia y en otros departamentos del país, tanto en la mitad del siglo XX como la violencia de los años 80. Al respecto, una de las principales exponentes de la relación entre identidad colectiva, territorio y poder es la socióloga María Teresa Uribe. Véase, por ejemplo, el texto *Nación, ciudadano y soberano*.

²⁸ María Teresa Uribe, *Nación, ciudadano y soberano* (Medellín: Corporación Región, 2001) 98.

²⁹ María Teresa Uribe, *Nación, ciudadano y soberano* (Medellín: Corporación Región, 2001) 100.

2 Experiencias de “la vida mala”: elementos característicos de la cultura política en Urrao

*“De la San José pa’riba
En los llanos de Pabón
Vive la gente aburrída
Por la mala situación”.*

Coplas de Toño Quiceno sobre la Violencia en Urrao³⁰

Varios estudios relacionados con la violencia en Antioquia coinciden en afirmar que el municipio de Urrao representa una particularidad dentro de los procesos de construcción de identidades colectivas y cultura política a nivel departamental.³¹ Así, mientras que buena parte del Suroeste antioqueño tiende a encarnar un *ethos* cultural basado en la religión católica como pilar y en una sociedad eminentemente conservadora con una élite industrial como dirigente, en Urrao el contexto socioeconómico, geográfico e histórico propició la aparición de una sociedad predominantemente liberal más cercana al Chocó que a la propia subregión del Suroeste.

Esto debido a que el territorio era paso obligado para todos aquellos que se movilizaban entre Popayán, Chocó y Santa Fe de Antioquia para asuntos de explotación minera del oro. Por otra parte, el clima templado de la zona favorecía el asentamiento de distintas poblaciones, quienes llegaban con ganado y productos para el cultivo; al mismo tiempo, la compleja geografía facilitaba el transporte más o menos desapercibido de contrabando desde y hacia el Atrato. Dicha relación entre el municipio y el departamento del Chocó siguió vigente incluso hasta mediados de 1950, cuando las pésimas condiciones de las carreteras y la insuficiente infraestructura dificultaban la conexión entre Urrao y la capital antioqueña, situación que bien pudo haber influido en la marcada diferenciación de este territorio respecto a la subregión y a Antioquia.³²

³⁰ Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia: Universidad del Quindío, 2004) 174.

³¹ Véanse los trabajos de Clara Inés García, Jaime Celis Arroyave, Mary Roldán y María Teresa Uribe de Hincapié.

³² Entrevista al autor urraeño Jaime Celis Arroyave realizada el 10 de abril de 2021.

2.1 Los orígenes de la Violencia en Urrao: una cultura política de conflicto que desplazó a la cultura política de convivencia

Para el historiador David Mauricio Figueroa, la cultura política surgida tras la Violencia de medio siglo puede categorizarse como el paso de una cultura política de convivencia a una cultura política de conflicto. La primera se distinguiría por el compadrazgo, el esfuerzo mancomunado, la confianza y la solidaridad entre vecinos de un mismo municipio o comarca, independientemente de si estos eran liberales o conservadores. Por el contrario, una cultura política de conflicto se caracterizaría por una acentuación de las diferencias ideológicas, un énfasis en la otredad, una autoidentificación, la politización y polarización extrema de los conflictos y la radicalización de estos.³³

Así mismo, el autor de la Universidad de los Andes identifica el origen de la cultura política de conflicto en el momento en el que la ideología radical del partido conservador se instituyó como política oficial durante el gobierno de Laureano Gómez y se excluyó al partido Liberal, premisa que parece ser confirmada por los testimonios de algunos exguerrilleros liberales y otros investigadores: “En el cuarenta y nueve cuando el presidente Mariano Ospina Pérez clausuró el Congreso, hubo malestar en el Liberalismo y, entonces, en esos quince o veinte días se apareció Franco por aquí y formó a la Guerrilla de Pabón”.³⁴ De igual forma, el investigador Jaime Celis Arroyave señaló:

A pesar de ese odio liberal conservador, el desarrollo de la economía obligaba a que liberales y conservadores trabajaran juntos. Se podía odiar al conservador, pero este hacía falta porque podía dar empleo. De todas maneras había buenas relaciones entre liberales y conservadores, si acaso medio se miraban mal, pero no era una cosa de matarse, eso es importante. Todo se desata cuando llega Mariano Ospina Pérez al poder en el año 1946: después de 16 años de estar en el poder el partido liberal pierde la presidencia a raíz de la división entre Gabriel Turbay y Gaitán, que Gaitán representaba un importantísimo sector democrático de avanzada.³⁵

³³ David Mauricio Figueroa, “A la sombra del monstruo: cultura política, ideología y literatura testimonial en Colombia y Antioquia, 1930-1953” (tesis de maestría, Universidad de los Andes, 2007).

³⁴ Palabras del expresidente del Comité Conservador de Urrao. Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia, Universidad del Quindío, 2004) 39.

³⁵ Entrevista al autor urraeño Jaime Celis Arroyave realizada el día 10 de abril de 2021.

Resulta significativo que un suceso político como la llegada de Mariano Ospina Pérez al poder y la posterior radicalización del conflicto con la asunción de Laureano Gómez tuviera tales repercusiones en los orígenes de la Violencia en Urrao y en el paso de una cultura política de convivencia a una cultura política de conflicto. Sin embargo, que los acontecimientos hayan ocurrido de esa manera puede explicarse en las tesis de Elsa Blair sobre la relación entre partidismo y la configuración del Estado nación. Para la socióloga experta en violentología, la sacralización de la política y la sobrepolitización de los conflictos surgida a partir de una secularización inacabada provocó que “el sentido de pertenencia a la nación se construyera por la vía de lo político-partidista, es decir, por la pertenencia a una de las dos colectividades políticas: se era liberal o conservador antes que colombiano, lo que, en consecuencia, hacía del "otro" no el oponente político sino el enemigo de la nación”.³⁶

2.2 La religión católica y la cultura política en Urrao

Otra tesis destacada dentro de los postulados esbozados por Elsa Blair tiene que ver con la idea de la religión católica como forjadora elemental del Estado nación colombiano. Así, la moral católica y su estrecha relación con el partido político conservador fungieron como impulsores y formadores de una identidad nacional desde el principio mismo de la constitución del país como república. Esta premisa, que también fue compartida y abordada por María Teresa Uribe, tuvo un desarrollo particular durante los sucesos desarrollados durante la Violencia de medio siglo en Urrao. Por ejemplo, aunque los conservadores del municipio atacaban constantemente a los liberales con el argumento de que estos eran “masones”, “comunistas” y hasta “satánicos”, lo cierto es que estos pobladores eran tan católicos y religiosos como los otros. Incluso, tanto la guerrilla liberal de Pabón como los conservadores urraeños adoptaron para sí una advocación de la virgen: para los primeros la Virgen del Carmen era la patrona de sus actos, mientras que la Virgen de Fátima guiaba los destinos de los segundos.

No obstante, con la radicalización paulatina del conflicto y la acentuación cada vez más violenta y progresiva de las diferencias entre unos y otros, la religión católica fue utilizada como

³⁶ Elsa Blair, “El enemigo imaginario”, *Política y cultura* 32 (2009): 51.

un instrumento para demonizar al otro, para despojarlo de su humanidad y convertirlo en objeto de exterminio. Los púlpitos se convirtieron en el lugar para aleccionar a los conservadores en la eliminación de sus compatriotas liberales; se bendecían armas y se alentaba la persecución. “El padre Zapata decía que los liberales estaban ardiendo en los infiernos, incluso empezó a pedir limosna y ya la gente no le daba, ya con rencor. El padre Zapata dañó la situación porque empezó a maldecir a los liberales y a bendecir a los conservadores cuando se iban a matarlos allá en Pabón, a echarles bendiciones pa’ que no les pasara nada, entonces ya a los guerrilleros les fue dando inquina”.³⁷

Así mismo, otro testimonio brindado por alias “Pategambia” aseguraba que “el comportamiento de los sacerdotes, sobre todo pues del superior, un padre Zapata, fue muy malo, porque ese inclusive en las misas no admitía liberales, tudo [Sic] el que entraba liberal lo hacía sacar y no dejaba sino lo que fuera conservador, y cuando entraban los armados allá, entonces les bendecía las armas y decía que matar a los liberales que era como matar gallinazos”.³⁸ No obstante, no todos los sacerdotes incurrieron en estas prácticas, pues hubo otros como el padre Ramírez que, contrario a maldecir a los liberales o alentar su persecución, se convirtió en un refugio importante de alivio espiritual para todos los guerrilleros que se escondían en las selvas.

Hubo un sacerdote, el padre Ramírez, que fue la mano derecha porque él subía a visitarnos. Él nos daba muy buen aliento, porque uno se siente a veces acolejado también. Y muy querido al mandarnos comunicaciones: nos mandaba carticas muy hermosas y todo. Esas carticas eran pidiendo de que se manejaran bien, de que no se salieran de los límites, que bendiciones, consejitos así. Pero el padre Zapata, ese sí procedía a la adversa. Él estuvo aquí al principio, porque al fin se lo llevaron, pero siempre dejó qué decir. El padre Zapata tenía en la casa cural reunión con toda la chulavita todas las noches, inclusive dizque cuando el primer ataque a ‘Cartagena’, les dio una virgen del Perpetuo Socorro, por allá la dejaron en la derrota, dizque le había echado cuántas bendiciones pa que les fuera bien y mataran toda esa gente.³⁹

Pese a que la religión católica se vinculó desde un principio con el partido Conservador, lo cierto es que esta fue también un estandarte de los liberales de Urrao y principalmente de la guerrilla

³⁷ Testimonio de una exguerrillera de Pabón. Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia, Universidad del Quindío, 2004) 64.

³⁸ Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia, Universidad del Quindío, 2004) 64.

³⁹ Testimonio de la exguerrillera alias “Chela”. Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia, Universidad del Quindío, 2004) 67.

liberal de Pabón. Advocaciones de la virgen, oraciones típicas del catolicismo y elementos como camándulas o cadenas con imágenes de santos hacían parte de la cotidianidad religiosa de la población. En nombre de la religión y de Dios los chulavitas perseguían a los liberales y estos se salvaguardaban en la religión para cometer asesinatos de conservadores. Tanto unos como otros aseguraban tener el favor de los santos a los que recurrían. Finalmente, la religión siempre desempeñó un papel notable en el trasfondo de los enfrentamientos entre los que otrora fueran compadres o vecinos y, por supuesto, fungió como un elemento de gran valía para la conformación de la cultura política en el municipio, algo similar a lo ocurrido en otras partes del Suroeste.

2.3 Coplas, himnos, y supersticiones: el reflejo de la cultura política urraeña

*“Nosotros los manzanillos
Hoy andamos con franqueza
No somos como los godos
Que ya agachan la cabeza”.*

Coplas de Lino Porras sobre la Violencia en Urrao⁴⁰

Algunos elementos que representan la cultura política de Urrao durante la Violencia son también característicos de otras zonas del Suroeste; la religión es uno de ellos. Sin embargo, algunas manifestaciones culturales destacan por ser específicas de este municipio. Así, las coplas, las canciones, la poesía, los himnos de la guerrilla liberal e incluso la mitología originada a partir de este periodo son componentes de la cultura política distintivos de este territorio. En palabras del investigador Wilson Horacio Granados: “La Violencia en Urrao produjo sus propias manifestaciones culturales: el lenguaje de la violencia, los apodos, ‘el himno a Pabón’, las canciones, las coplas y poesías, la mitología engendrada por la misma violencia, la indumentaria de los ‘paisanos alzados en armas’ [...], los libros que leían los ‘enmontados’, la máquina de escribir, la máquina de coser...”.⁴¹

Por ejemplo, las supersticiones creadas a partir de figuras casi mitológicas como la del guerrillero liberal Juan de Jesús Franco Reyes, las coplas creadas por el maestro de escuela Lino

⁴⁰ Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia, Universidad del Quindío, 2004) 185.

⁴¹ Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia, Universidad del Quindío, 2004) 137.

Porras en las que ingeniaba rimas para retratar la violencia de la vida mala, y los rezos de naturaleza “mágica” invocados por algunos guerrilleros para su protección son solo algunas de las representaciones más significativas de la cultura política en Urrao y que se ilustran a continuación:

Les digo por Dios: les engrueso el pellejo pa' que les reboten las balas. Por la Virgen del Carmen, hago que sus miradas malojeen al enemigo a la distancia. Les repito por el santo de mi devoción: puedo hacer que con el solo pensamiento, cunda en la chulavita la desesperación, caigan en la locura de buscar ellos mismos la muerte... por mis rezos que los hago invisibles... qué más quieren... criaturas trotadoras.⁴²

En el transcurso de la Violencia en Urrao se gestó y se desarrolló el mito de ‘la aparición del toro’. Se dice que en tiempos de la ‘la vida mala’ y en pleno toque de queda, salía un toro bramando, el cual se ensañaba con la policía y los conservadores que encontraba a su paso. Entre otras cosas, se decía que era Franco convertido en Toro... A la media noche decían que pasaba el toro bujando y decían que era Franco, entonces toda la gente se encuartelaba porque decían ‘Va Franco por la ronda pa arriba’ y era un toro. Era como una cosa rara de verdad con ese toro” (dicho por campesinas de Pabón).⁴³

¿Realmente surtieron efecto estas “triquiñuelas” para infundir temor en el adversario? ¿Los mismos guerrilleros creían realmente en estos rezos? O se trató de una forma de hacer frente a la realidad de la guerra y de infundir fuerza en ellos mismos para ejecutar acciones de en el conflicto. Este tipo de cuestiones pueden dar cuenta de una identidad colectiva consolidada en Urrao, al menos por parte los “paisanos alzados en armas”. Identidad expresada en sus creencias religiosas (todos creían en la Virgen del Carmen y el Cristo de Buga); los uniformes y la indumentaria, así como en las canciones y coplas recitadas al unísono.

*“El día doce de octubre
Del año 49
Todos íbamos marchando
Con paso lento y muy breve.
Y muchos de estos ufanos
Del busto que habían tumbado
Una cuadrilla de rateros
Se encontraban trasnochados.
Pero lo que me da tristeza
Y no hayan tenido piedad
Es que a estos bandoleros*

⁴² Arturo Alape, *El cadáver de los hombres invisibles* (Bogotá D.C., Ediciones Alcaraván, 1979) 153.

⁴³ Testimonios de campesinas de Pabón. Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia, Universidad del Quindío, 2004) 164.

Les falta la seriedad".⁴⁴

Por último, las coplas de quien fuera maestro de escuela, el poeta y trovador Lino Porras, resultan llamativas en tanto representan una manera de retratar lo que estaba aconteciendo en Urrao durante la vida mala. A su vez, estas coplas, así como “el himno a Pabón” y otro tipo de relatos, aunado a las creencias religiosas y a los rezos de protección bien pueden simbolizar una manera de resistir ante las continuas masacres, persecuciones y vejámenes a los que eran sometidos los urraños frecuentemente. Así mismo, no es descabellado pensar que la cultura política y la identidad colectiva de Urrao se forjaron mayoritariamente a partir de la figura del guerrillero liberal, pues fue este quien impulsó la aparición de muchas manifestaciones artísticas y, además, era ampliamente reconocido en el resto de Antioquia e incluso en Colombia. En definitiva, el guerrillero liberal se convirtió en símbolo de resistencia, valor característico de la cultura política en Urrao.

⁴⁴ Estos fragmentos de las coplas de Lino Porras hacen referencia a un episodio muy conocido y que dentro de Urrao puede considerarse como uno de los antecedentes que propiciaron la violencia. Laureano Gómez había obsequiado al alcalde de Urrao una imagen de la Virgen de Fátima. En 1949 la imagen se paseó por toda la vía a Urrao, convocando a liberales y conservadores. Sin embargo, estos últimos escondieron en la imagen armas y munición que fue descargada tan pronto se entró al municipio. Aquel día murieron varios habitantes y se iniciaron las reyertas que darían lugar a cruentos asesinatos, masacres y aplanchamientos. Wilson Horacio Granados, *Los paisanos alzados en armas de Urrao* (Armenia, Universidad del Quindío, 2004) 180.

3 Los años de frenesí y de guerra: la cultura política en Concordia

*“La coalición entre liberales y conservadores se había roto y comenzaba la hegemonía conservadora. Presentábanse candentes debates en el congreso, los cuales tenían reflejo en el orden público de los pueblos. Se cambiaban los inspectores de policía liberales por elementos conservadores agresivos y provocadores. Nombraban alcaldes con antecedentes penales, los cuales recibían órdenes y consignas políticas del respectivo secretario de gobierno. Estos, profesionales fanatizados e influenciados por la filosofía y los métodos de la falange española, las recibían directamente de Bogotá, en donde un famoso binomio conservador planificaba la violencia partidista”.*⁴⁵

Para autoras como Mary Roldán y María Teresa Uribe, la región del Suroeste es la representación por excelencia de lo que significa el *ethos* cultural antioqueño. Es decir, en gran parte del Suroeste aparecen y se encarnan todos los valores típicos que configuran la identidad del “paisa”: un hombre de familia, conservador, religioso y trabajador, pujante y “echao pa’lante”.

Ahora bien, como parte integral de esta región, Concordia ha sido fiel a estos principios desde el mismo momento de su fundación. Contrario a Urrao, este municipio de trovadores y poetas siempre se ha distinguido por su fervor conservador y apego a los valores tradiciones de la familia, el trabajo y la religión católica. Puede afirmarse entonces que Concordia fue uno de los estandartes del partido conservador en Antioquia durante la Violencia y que allí se llevaron a cabo numerosos asesinatos y masacres de liberales. No obstante, y como se verá seguidamente, existen algunos elementos que permiten caracterizar una cultura política específica para este municipio y que, además, hubo momentos excepcionales en los que conservadores defendieron y protegieron a sus adversarios liberales.

3.1 Los orígenes de la Violencia en Concordia: la exclusión del *otro* de la vida política y cotidiana

En términos políticos, la aparición de la violencia y la exacerbación de esta tiene un mismo origen para la mayoría de Antioquia, a saber, la llegada al poder de Mariano Ospina Pérez y el posterior ascenso de Laureano Gómez con el cual se impuso una política oficial de exclusión y

⁴⁵ José Ignacio González, *Concordia, años de frenesí y de guerra* (Medellín, Ediciones autores regionales, 1988) 294.

satanización del otro y la creación de la imagen del enemigo interno (el simpatizante del partido liberal).⁴⁶ Un ejemplo de esto es lo relatado por el médico José Ignacio González, quien en su libro *Concordia, años de frenesí y de guerra* puso de manifiesto algunas de las impresiones que le generaron el fenómeno de la Violencia durante los años que ejerció su profesión en ese municipio.

Durante el mes de noviembre de 1949 el partido Conservador se salió de su cauce. Hizo de innumerables ciudadanos unos asesinos. Había que llevar a las buenas o a las malas al doctor Laureano Gómez a la presidencia de la República. La Dirección Liberal Nacional declaró la abstención y de una manera vaga y vacilante se comprometió con el movimiento guerrillero liberal. Este tuvo mucho de espontáneo e improvisado. En 1953 llegaron a contarse unos veinte mil guerrilleros liberales: mucho entusiasmo, pocas y deficientes las armas, capacidad de fuego muy precaria.⁴⁷

Como se puede evidenciar en las primeras líneas de la anterior cita, una de las políticas más importantes del partido Conservador previo al ascenso al poder de Laureano Gómez y durante su mandato fue la “satanización” del otro y la creación del enemigo que representara todo lo contrario a los valores esgrimidos por los conservadores. De esta manera, se legitimaba la persecución y asesinato masivo de simpatizantes liberales e incluso de los conservadores moderados. Valga decir, por lo demás, que tal política facilitó la creación de cuerpos de civiles armados como los pájaros y los chulavitas, a la vez que promovía la exclusión del otro de la vida política y cotidiana. En ese sentido, puede afirmarse que así como en Urrao, en Concordia también existió un desplazamiento de la cultura política de convivencia por una cultura política de conflicto, pues vecinos que antes de la Violencia eran amigos y compadres, de la noche a la mañana se convirtieron en enemigos cuyo adversario no merecía ni siquiera ser comparado con carroña.

A esto contribuyó ampliamente la Iglesia católica, pues en lugar de ser un refugio para el espíritu que acogiera a todos los feligreses por igual sin distinción de partido político, los templos se convirtieron en centros aleccionadores que infundían el odio hacia el enemigo libera, alentaban

⁴⁶ Esta tesis es compartida y respaldada por los investigadores Jaime Celis Arroyave y David Mauricio Figueroa, además de por el médico José Ignacio González y por los testimonios de los exguerrilleros liberales de Urrao. En contrapartida, se encuentra el argumento de que el verdadero origen y exacerbación de la violencia política se encuentra en los hechos ocurridos luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y el Bogotazo, mientras que otras investigaciones intentan hallar los orígenes de este fenómeno desde los tempranos años de la década del 30. De cualquier modo, es un debate que escapa a los propósitos del presente artículo, por lo que sus premisas parten de lo analizado en los referentes teóricos, de algunos testimonios de exguerrilleros liberales y de las apreciaciones del doctor José Ignacio González, quien ejerció su profesión en Concordia y varios municipios del Suroeste durante los años de la Violencia.

⁴⁷ José Ignacio González, *Concordia, años de frenesí y de guerra* (Medellín, Editorial autores regionales, 1988) 376.

su persecución y bendecían a todo conservador que se embarcara en esa empresa. Al respecto, José Ignacio González adjudicó a la Iglesia católica el rol de ser la perseguidora de los liberales en Concordia: “Sectarismo y rigidez de la religión católica colombiana, la cual se paralizó en el proceso con sus altos jerarcas, tipo monseñor Builes, quien por todas partes veía masones y comunistas y sus pastorales eran echarle más fuego y curas de misa y olla como los de Bolombolo, Concordia, Bolívar, Salgar, Betulia y Urrao, quienes le negaban la confesión a los ciudadanos liberales, llegando a decir que matar a estos no era pecado: verdadera prostitución del mensaje de Jesucristo”.⁴⁸ Por otra parte:

El contagio mental de lo que estaba sucediendo en las poblaciones liberales del Viejo Caldas, del Valle del Cauca y de la antioqueña Bello tuvieron su resonancia en la población de Bolívar. El padre Bernardo Restrepo Peláez convirtió el púlpito en una cátedra de antiliberalismo y con el alcalde Jesús Rodríguez, acompañado del presidente del directorio conservador, asistían a las reuniones de este en las horas de la noche y allí en una especie de podio, rodeado de cajones, el campesino entregaba la cédula y el carnet liberal, recibiendo el conservador: había protestado de su partido; si había alguna duda, con una seña especial en los documentos dados quedaba señalado. Esto ocurrió también en los municipios de Concordia por parte de uno de los alcaldes de turno; en la puerta del directorio conservador de Bolívar hacían presencia una mujer vestida de azul de apellido Villa, cuchillo en mano, el cual lo enterraba en las masas glúteas de los señalados y un joven de trece años con una peinilla, quien empezaba el aplanchamiento.⁴⁹

3.2 De la exclusión del *otro* a la reconciliación: la restauración de la cultura política de convivencia en Concordia

No obstante la exclusión del enemigo imaginado de la vida política y cotidiana, que fue una ley durante los años de la Violencia en Concordia, José Ignacio González pudo ser testigo de dos acontecimientos que para la época podrían ser excepcionales: la defensa de liberales por parte de los conservadores, y el intento por llevar a cabo una reconciliación entre unos y otros y restaurar la cultura política de convivencia. Sobre el primer acontecimiento, el médico apuntó en sus memorias: “Muchos conservadores dieron su vida por defender a liberales. A otros sus casas fueron dinamitadas e incendiadas, centenares tuvieron que abandonar sus negocios, bienes raíces y buscar

⁴⁸ José Ignacio González, *Concordia, años de frenesí y de guerra* (Medellín, Editorial autores regionales, 1988) 350.

⁴⁹ José Ignacio González, *Concordia, años de frenesí y de guerra* (Medellín, Editorial autores regionales, 1988) 356-357.

refugio en las grandes ciudades, igual que los liberales perseguidos. Limpios espíritus republicanos que no se dejaron contaminar por la barbarie”.⁵⁰

Tal suceso resulta llamativo, pues no es un tema que haya protagonizado los estudios sobre la cultura política en el departamento o la historiografía sobre la Violencia y, así mismo, demuestra que aunque la regla haya sido la persecución y asesinato de liberales o las masacres liberales a población conservadora, existieron individuos que no hacían parte de la lógica partidista de exterminar al enemigo interno y que estuvieron dispuestos a sacrificar sus propias vidas en defensa de sus adversarios, algo sumamente relevante para la restauración de la cultura política de convivencia en el municipio.

Finalmente, otro acontecimiento que marca los intentos de los habitantes de Concordia por restaurar la cultura política de convivencia es la reconciliación que unos y otros planearon y que llevaron a cabo en un evento cotidiano en donde el médico González fue mediador: [Se inauguró una gallera y se invitaron a liberales y conservadores]. “Esa noche hubo beba generalizada entre los antiguos combatientes de cuatro años. Los exguerrilleros, muy herméticos, atentos y en permanente guardia; los conservadores, locuaces, sentimentales. Ambos bandos se reconocieron acciones heroicas y de barbarie”.⁵¹ Fue así como luego de varios años de enfrentamientos simbólicos y materiales guiados bajo una lógica partidista los habitantes de Concordia pretendieron dejar atrás los odios infundados para emprender nuevamente la vía del compadrazgo, la solidaridad y el esfuerzo mancomunado. Atrás quedaban las persecuciones, las masacres, los asesinatos, la instigación y el terror como forma de imponer un modelo de Estado y de sociedad.

⁵⁰ José Ignacio González, *Concordia, años de frenesí y de guerra* (Medellín, Editorial autores regionales, 1988) 382.

⁵¹ José Ignacio González, *Concordia, años de frenesí y de guerra* (Medellín, Editorial autores regionales, 1988) 428.

4 A modo de reflexión final: ¿Es la violencia parte constitutiva de la cultura política antioqueña?

“¿Qué diremos del hombre colombiano, estos últimos cincuenta años metido en una encrucijada de fuerzas productivas insuficientes, dependencias y relaciones de producción anárquicas y caóticas? Con un paleoencéfalo cicatrizado por la crueldad de lo español; y con las tendencias sanguinarias de los Caribes y Pijaos y restos antropofágicos africanos, además de profundos y variados factores culturales, lo que nos lleva a pensar en el predominio de la pobre criatura colombiana de un componente homicida, el cual explicaría el número de muertos y genocidios”.⁵²

Ya hacia el principio de este trabajo se advertía la complejidad del debate que suscita afirmar la existencia de una *cultura de la violencia* en la población antioqueña y colombiana. Para muchos investigadores y académicos existe, efectivamente, la presencia de un “gen violento” que configura y determina la cultura e identidad colombianas. Por el contrario, para otros científicos sociales, intelectuales y hombres de política, lanzar tal premisa resulta peligroso y desobligante. Más allá de lo dificultoso y probablemente imposible que resulte llegar a una verdad absoluta al respecto, es innegable la influencia que ha ejercido la violencia física (y luego política) en la conformación de una cultura política en Colombia a nivel general y en Antioquia particularmente. Así, y dada la historia nacional desde el mismo momento de su fundación, resulta evidente la presencia de la violencia física y política a lo largo de la construcción de una identidad como república. Así, este recurso ha sido empleado para imponer y defender un modelo de Estado nación tradicional, eliminar al opositor y configurar un territorio.

El terror y la violencia se han ejercido también como mecanismo configurador de identidades colectivas y bajo sus dinámicas los habitantes de un lugar establecen y transforman las relaciones con el territorio. En definitiva, aunque no es posible asegurar la existencia de un gen violento en el ADN de los antioqueños, el contexto histórico acontecido desde los años de la Violencia, pasando por los años 80 y hasta el nuevo milenio permiten establecer una relación entre

⁵² José Ignacio González, *Concordia, años de frenesí y de guerra* (Medellín, Editorial autores regionales, 1988) 12.

violencia físico-política y cultura política. Para el caso particular que atañe a este artículo, los numerosos testimonios de la época, particularmente de los exguerrilleros liberales de Urrao y del médico José I. González de Concordia evidencian el uso de la violencia y sobre todo de terror para llevar a cabo los propósitos establecidos por la política oficial conservadora: exterminar al enemigo, excluirlo de la vida política y cotidiana, imponer un modelo de Estado acorde con los preceptos de la élite santafereña de la época y unir a un país diverso y plural bajo parámetros represivos.

Ahora bien, junto con la violencia física y el terror, el partidismo también fue un configurador esencial de la cultura política en Urrao y Concordia y en Antioquia a nivel general. Como ya lo señalaba Elsa Blair, la secularización inacabada obligó a que el sentido de pertenencia a la nación se diera por la vía de lo político-partidista. En ese sentido, el partidismo fue un eje transversal en la construcción de la identidad colectiva en Urrao y Concordia durante los años de la Violencia, por lo que no es posible elaborar una historia de la cultura política en el departamento sin antes dedicar un apartado importante al papel configurador del partidismo.

Por otra parte, los elementos mencionados anteriormente, es decir, el partidismo, la violencia política y el terror fungieron como artífices del paso de una cultura política de convivencia a una cultura política de conflicto en la que la solidaridad, el compadrazgo y el esfuerzo mancomunado desaparecieron para darle cabida a la acentuación de las diferencias ideológicas, la radicalización de los conflictos y el énfasis en la otredad. Sin embargo, y como se pudo observar en el último apartado, hacia el final de la etapa culminante de la Violencia los habitantes de Concordia aunaron iniciativas para restaurar la cultura política de convivencia, apartándose de la lógica partidista.

En general, aunque Urrao y Concordia poseen diferencias marcadas respecto a las expresiones simbólicas de la cultura política surgida en esos lugares, también es cierto que existen una serie de elementos que los integran y que en cierta medida permiten hablar de una cultura política unificada. El origen de la violencia exacerbada, el papel de la religión católica y las formas de proceder de conservadores y parte de los liberales son algunos de tales elementos. Por supuesto,

cada municipio posee su particularidad dada la relación de sus habitantes con el territorio y su contexto histórico y político.

Finalmente, es importante llamar la atención acerca de la necesidad de consolidar nuevos estudios en los que la cultura política sea la protagonista y no simplemente un apartado secundario de la historiografía. Al mismo tiempo, la construcción de identidades colectivas a partir del entendimiento de ciertos aspectos culturales y cómo estos fueron determinantes para la consolidación de su territorio y su imaginario, también son temas que merecen ser debidamente estudiados. En relación con lo anterior, la revisión de una *cultura política de la violencia* y de una *cultura de la violencia* deben ser examinadas con detenimiento y con el cuidado necesario que implica abordar conceptos polémicos. ¿Es realmente la violencia un elemento constitutivo de la identidad colombiana? O por el contrario, ¿la violencia vivida en el país se inscribe en un contexto más amplio latinoamericano y obedece a causas estructurales y circunstanciales?

Fuentes primarias

Archivos y manuscritos

Colección patrimonial de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Periódicos y revistas

El Tiempo (Colombia) 1940-1953.

El Colombiano (Colombia) 1940-1950.

El Siglo (Colombia) 1942-1946.

Orales

Celis Arroyave, Jaime, entrevista realizada por Liseth Daniela Pérez Escandón. Medellín, 10, 11 y 12 de abril de 2021.

Audiovisuales

Biblioteca Pública Piloto, Medellín (AFBPP) Archivo Fotográfico.

Bibliografía

Alape, Arturo. *El cadáver de los hombres invisibles*. Bogotá D.C.: Ediciones Alcaraván, 1979.

Baker, Keith. “El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución francesa”. *Ayer* 62.2 (2006): 89-110.

Bejarano, Ana María. “La violencia regional y sus protagonistas: el caso de Urabá”. *Análisis político* 4 (1988): 43-54.

Blair, Elsa. “Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”. *Política y cultura* 32 (2009): 9-33.

Blair, Elsa. “La violencia frente a los nuevos lugares y los “otros” de la cultura”. *Nueva Antropología* 20.65 (2005): 1-16.

Blair, Elsa. “La imagen del enemigo: ¿Un nuevo imaginario social? *Revista de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia* 6 (1995): 47-71.

Cabrera, Miguel Ángel. “La investigación histórica y el concepto de cultura política”. *Culturas políticas: teoría e historia*. Eds. Manuel Pérez Ledesma y María Sierra. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 2010.

Cartagena, Catalina. “Los estudios sobre la Violencia antes de la Violentología”. *Diálogos, revista electrónica de Historia* 17.1 (2016): 63-88.

Delgadillo, Julián. “La violencia en Urabá”. *Universitas humanística* 17.29 (1988): 153-160.

De Zubiría, Sergio. “Dimensiones políticas y culturales en el conflicto armado colombiano”. *Centro Nacional de Memoria histórica*.

-
- Figueroa, David Mauricio. “A la sombra del monstruo: Cultura política, ideología y literatura testimonial en Colombia y Antioquia, 1930-1953. Tesis de maestría en Historia, Universidad de los Andes, 2007.
- Gaitán, Fernando y Montenegro, Santiago. “Un análisis crítico de Estudios sobre la Violencia en Colombia”. Informe preparado con motivo de la conferencia internacional “Crimen y violencia: causas y políticas de prevención” auspiciado por el Banco Mundial. Bogotá: Universidad de los Andes, 2000.
- García, Clara Inés. “Estado del arte de los estudios sobre regiones y violencia en Antioquia”. *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*. Ed. Pablo Emilio Angarita. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2001.
- González, José Ignacio. *Concordia, años de frenesí y de guerra*. Medellín: Ediciones autores regionales, 1988.
- Granados, Wilson Horacio. *Los paisanos alzados en armas de Urrao*. Armenia: Universidad del Quindío, 2004.
- Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad de Colombia. *Colombia: Violencia y democracia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987.
- Jaramillo, Ana María. “Acercas de los estudios sobre violencia política en Antioquia”. *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*. Ed. Pablo Emilio Angarita. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2001.
- LeGrand, Catherine. “Comentario al estudio de la historiografía sobre la Violencia”. *La Historia al final del milenio: ensayos sobre historiografía colombiana y latinoamericana*. Vol. 1. Comp. Bernardo Tovar. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.

LeGrand, Catherine. “La política y la violencia en Colombia (1946-1965): interpretaciones en la década de los 80”. *Revista Memoria y sociedad* 2.4 (1997): 79-109.

Mateos, Araceli. “Cultura política”. Documento de cátedra de la Universidad de Salamanca.

Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. “Historiografía de la Violencia”. *La Historia al final del milenio: ensayos sobre historiografía colombiana y latinoamericana*. Vol. 1. Com. Bernardo Tovar. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.

Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. “Los estudios sobre la Violencia en las tres últimas décadas”. *Boletín socioeconómico* 24.25 (1992): 47-76.

Salinas Arango, Natalia Andrea. “Experiencias, prácticas y dinámica política local en el período de la Violencia. El caso de la Estrella, Antioquia (1946-1953). Tesis de maestría en Historia: etnias, nación y Estado, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, 2009.

Sánchez, Gonzalo, y Meertens, Donny. *Bandoleros, Gamonales y campesinos, el caso de la Violencia en Colombia*. Bogotá: El Áncora editores, 1983.

Uribe de Hincapié, María Teresa. *Nación, ciudadano y soberano*. Medellín: Corporación Región, 2001.

Vélez Rendón, Juan Carlos. “Violencia, memoria y literatura testimonial en Colombia”. *Estudios políticos* 22 (2003): 1-27.

Villamizar, Juan Carlos. “Elementos para periodizar la violencia en Colombia: dimensiones causales e interpretaciones historiográficas”. *Ciencia Política* 13.25 (2018): 173-198.

Zuleta, Mónica y Sánchez, Alejandro. “Genealogía de la moral predominante en la literatura académica sobre la Violencia política colombiana del siglo XX”. *Nómadas* 22 (2005): 282-287.